

Recordar, compartir, aprender

Salamanca

Consuelo Prieto Vicente

Ana Belén Galán, 25 años

TENGO UNA HISTORIA QUE CONTAR

No sé cómo comenzar mi historia porque tampoco sé muy bien qué tengo que decir ni cómo hacerlo, pero creo que deberíais saber que nací el 11 de marzo de 1938. De nombre mis padres me pusieron Consuelo. Mi infancia fue pasando en un pequeño pueblo: Villasbuenas de Ribera (Partido de Vitigudino), Salamanca.

Con tan sólo cuatro años quedé huérfana de padre y ya os imaginaréis la vida que una madre joven y sus cuatro hijos sufríamos en plena posguerra española: “poco pan y mucha hambre”. Para aliviar el hambre, mi madre marchaba a trabajar todos los días a las minas de Barrueco Pardo, andando unos 6 kilómetros antes de despuntara el sol. Dejaba tres niños pequeñitos a cargo del mayor de unos nueve años, quién además de encargarse de nuestra educación y cuidado, con una autoridad férrea propia de la época, debía desarrollar un trabajo de pastoreo añadido. Con esta estampa de vida, y condicionados por la dura situación, a la caída del sol cuando mi madre llegaba a casa, mi hermano mayor solía decirle: “Mamá, que sepas que ya puedes morirte tranquila, que yo ya sé hasta preparar la cena”.

Como comprenderéis, con estas circunstancias, la educación y el poder acudir a la escuela ocupaban un papel demasiado secundario en nuestras vidas. Todos los días, antes de entrar al colegio, debíamos de ir a segar ‘verde’ para los animales y, aunque lo hacíamos corriendo, corriendo, no nos excusábamos de llegar tarde a la escuela casi a diario. Al ser siempre los últimos en cerrar la puerta, nuestra maestra nos castigaba una y otra vez colocándonos de rodillas con los brazos en cruz y en ocasiones aguantando incluso las enciclopedias, que por el poco tiempo que estuvimos, no pudimos ni aprender.

Pero bueno, para bien o para mal así transcurría mi vida, considerando la comida como alimento de subsistencia y a nuestras mascotas (la vaca, el cerdo...) como animales de compra y venta para pagar nuestros gastos. Parece dura mi infancia ¿no? Ahora, sinceramente, viene lo duro de verdad y lo que me enseñó a vivir:

Con 10 años mi madre no podía mantener a los cuatro hijos y entendió que ya tenía edad para salir de casa y servir. Me llevaron a Salamanca con una señora del pueblo que tenía un bar. Ofreció llevarme para que estuviera al cuidado de sus tres hijos. A cambio yo recibía techo, alimentación y 10 pesetas mensuales. Cuidaba de tres niños durante todo el día, arreglaba la casa y hacía de lavavajillas en el bar. Pero en realidad no dejaba de ser una niña, la cual necesitaba una tajuela para fregar y se quedaba dormida antes que los niños a los que cuidaba.

Aún así lo que más me dolió de esos días fue ser una niña maltratada por la desgracia como muchas de aquella época, tanto psicológica como físicamente, si mi trabajo ‘no salía como se quería’. Pero bueno, así pase casi un año hasta que un ¡bendito día!, mi madre aceptó mi negativa de volverme con los señores a Salamanca y pude quedarme en el pueblo. En pocos días cambié la tajuela por segar, cavar, coger espigas... y todas aquellas labores que con 11 años podía hacer.

En el pueblo conocí a una chica que estaba en Salamanca estudiando para ‘el servicio doméstico’. Y así, con mi espíritu de aventura y mi lucha contra las negativas de mi entorno, entré a formar parte de las alumnas del Colegio de María Inmaculada, donde las religiosas nos enseñaban a realizar las labores domésticas para que sirviéramos en las casas de las ‘Señoras Ricas’, además de contribuir acompañando a las monjas a pedir por las casas y los pueblos de los alrededores de Salamanca.

Mi estancia allí fue de aproximadamente de dos años de internamiento, hasta que las monjas consideraron

que había aprendido a hacer las tareas necesarias para servir en una buena casa, con un principio fundamental ante todo y todos 'saber obedecer'.

Este periodo de mi vida fue especial, ya que no sólo había salido del pueblo para emprender una nueva vida, sino que logré sentirme resuelta y responsable, además de querida por mi familia de dentro y fuera del colegio.

Así, con ni siquiera 14 años empecé a servir. Allí, además de experiencia, contraí una enfermedad que llamaban 'Disipela Negra' a causa de las condiciones de frío y de humedad de aquella casa céntrica, de la que me tuvieron que sacar las monjas. Para curarme, mi madre decidió que el final de mi enfermedad llegase en casa. Y allí al poco tiempo de estar recuperada, tocó volver al trabajo y, como en mi pueblo el trabajo no variaba con el paso de los años, me tocó volver a trillar, cavar..., eso sí, con mis amigas de años atrás. Y conseguí mejorar en el trabajo, ya ganaba ¡25 pesetas! Aun así volví a intentar buscar una nueva oportunidad en la ciudad sirviendo durante casi un año en otra casa, ofrecida por las monjas.

Pero una experiencia me aguardaba y cambiaría mi vida: durante unas vacaciones en el pueblo, mi tía de Bilbao me propuso que me marchase con ella a servir. La única duda que me causó la oferta fue tener que alejarme tanto de mi novio, con el que llevaba carteándome desde los 12 años. Pero ¿qué podía temer? Si ya había estado fuera y él me seguía queriendo, ¿por qué unos pocos kilómetros podrían acabar con nuestra relación de letras? Y si yo lo único que buscaba era un futuro que me ayudase a mejorar, ¿por qué habría de impedírmelo él?

A duras penas mi madre accedió a que marchara con mi tía, pero sinceramente si hubiera sabido lo que eran esos viajes, tal vez me lo hubiera pensado... Eran muy penosos, ya que el tren que nos recogía venía lleno de gente desde Portugal y claro, al pasar la frontera, todo se masificaba: 17 horas de pie eran mucho a la hora la verdad... Por fin llegamos y enseguida me coloqué en una casa que sería mi casa durante nueve años, donde además de encontrar el trabajo de mi vida, formé un vínculo de aprecio y cariño muy grande con toda la familia, del cual estoy segura era mutuo.

En este trabajo tuve dos etapas diferentes:

- La primera en la que serví en la casa de la Señora. Allí estuve cuatro años. Trabajé al servicio del matrimonio, un hijo y una hija. En ese tiempo la señora y yo teníamos una relación muy estrecha, donde yo más que una empleada era una amiga que hacía lo que la señora no sabía o no tenía tiempo para hacer. Prueba de ello era que mientras yo estuve allí le bordé 24 juegos de sábanas y 12 juegos de toallas para su hija; mientras que ella realizaba otras tareas de la casa, con el fin de que yo pudiera dedicarme a la costura. Es sorprendente pero la señora me ponía en contacto con sus vecinas para que salieran conmigo al cine. Además, su confianza llegaba hasta el punto de intentar buscarme pretendientes de la ciudad, para que no me fuese de Bilbao.

Como podéis intuir, en esta familia a pesar de ser mis jefes, me enseñaron valores muy importantes, que me han servido de mucho para conseguir mis propósitos.

- Una segunda etapa de Bilbao vino de la mano de la gran boda de la señorita. Entonces ya no sólo tenía que cumplir con las labores de una casa sino con las de dos, ante lo cual yo estaba encantada. Pero, a los pocos meses y con un bebe de por medio, los señoritos decidieron irse a vivir a Londres. Y por supuesto, su hija tenía que viajar con ellos, y 'Consu' (como ellos me llamaban) era un complemento más y muy necesario en la vida de la recién nacida.

Con el viaje me invadió un miedo terrible y no me refiero al trayecto, sino al de pedirle permiso a mi madre. Cuando mi familia conoció la noticia se negaron en rotundo, pero mi afán de lucha pudo con su cabezonería, hasta justo unos días antes.

Recibí un telegrama que parecía truncar el resto de mi vida: "Madre grave, urgente vengas al pueblo". Con los propios nervios y ante la gravedad de los acontecimientos, el señor decidió que para no esperar y que el viaje fuese más rápido, él mismo me llevaba en su coche para acompañar a mi madre.

Resuelta y decidida me monté en el coche y automáticamente mis mareos y mis miedos pasaron a un

Recordar, compartir, aprender

segundo plano. La sola idea de pensar qué le podía estar ocurriendo a mi madre era la única carretera que yo veía. Imaginaos curvas, puertos de montaña, carreteras secundarias, un automóvil de principios de los 50... y de Bilbao a Villasbuenas. Casi sin bajarme corrí a buscarla. Tras unos cuantos titubeos, fui capaz de encontrar a mi madre, pero no en la cama ni enferma, sino en casa de una de mis tías, tranquilamente sentada, haciendo unos chorizos.

¡Uf! ¡Qué imagen y qué sentimientos! Eso no se me olvidará en la vida. Pero creo que no debo de culpar a mi madre, ¡pobre mujer!, viuda desde muy joven, muy trabajadora pero muy poco conocedora de la vida. Ella lo primero que pensó cuando supo que saldría al extranjero fue que una vez allí quizás no me dejarían volver a mi pueblo a casarme con mi novio y a ser una mujer decente.

En ese mismo momento y tras comprobar que mi madre estaba bien, ocurrió el segundo 'circo' de mi aventura. Ante la negativa de mi madre a dejarme viajar, el señor se fue a solicitar ayuda a la Guardia Civil. Y allí delante de la misma Benemérita, se comprometió el señor a traerme de vuelta en cuatro meses para contraer matrimonio.

Con todo el mundo conforme y con todo listo en Bilbao, en pocos días partimos para nuestra aventura en Londres. Tras un viaje en varias etapas: la primera de tres días en París (donde me enseñaron la ciudad como si fuese de viaje con unas amigas), la segunda cruzando el Canal de la Mancha en barco y la tercera arribando a puerto.

Por fin ¡mi destino! Aquella niña de provincias llegó a Londres, una ciudad maravillosa, una ciudad diferente, llena de un encanto especial del que yo no entendía ni media palabra, pero que me embrujó y enseñó que mi lucha había dado frutos.

Podría seguir contándoos mi historia pero creo que en algún momento mi corazón se paró al lado del Big Ben. Al llegar a España y comenzar mi vida de familia, mis aspiraciones y mi papel principal pasaron a ser secundarios. Por tanto, hablo con el corazón, al daros las gracias simplemente por permitir recordar lo que para mí ha significado 'mi propia vida', el resto lo puedo resumir con pocas palabras: trabajo, lucha, dedicación y el cariño de mi marido; madre, hijos y nietos, palabras que como habéis leído y como podéis intuir han estado muy presentes en mi vida, pero que me han llevado a alcanzar una plenitud de la que estoy muy orgullosa.

Yo soy sencilla y humilde, nunca tuve grandes pretensiones y siempre alcancé mis sueños, todos excepto uno. Muchas veces me ofrecieron ir a Buenos Aires a trabajar, pero como comprenderéis aún está más lejos que Londres y no hubo manera de que me lo permitieran, así que ahora que ya soy mayor y que poco le pido a la vida, me gustaría pedirle un viaje a tierras americanas para ver a mi familia y conocer lo que antes no pude.